

EUGENIA FOSALBA*

Sobre la verdad de los Abencerrajes

Para Javier Cercas

La *Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa*, uno de los cuentos más célebres del siglo XVI gracias a su interpolación en la *Diana* a partir de 1561, puso de moda el exótico ropaje oriental para envolver la anécdota narrativa y romanceril, una moda que las preciosas de Francia reemprenderían más tarde aupadas por la marquesa de Rambouillet, que languidecía en su célebre salón azul. Muy amiga del gran animador de la tertulia de su *Hôtel*, Voiture, quien como confiesa en su epistolario leía con fruición desde muy niño las novelas y romances moriscos españoles, alentó la aparición de novelones interminables como *Almahide* (1660-63), encallada en la descripción prolija de festejos a la moda árabe,¹ e indirectamente, —el *Hôtel Nevers* había sustituido el de la anciana marquesa— de la pluma mucho más fina de Mme. de la Fayette, la circulación de *Zayde* (1669-71), ajena por completo a cualquier descriptivismo impertinente. Asistimos al nacimiento de la novela psicológica aquí, breve, pero profunda en el análisis pormenorizado de los sentimientos: esa depuración culminará en la maravillosa novela de amor, *La Princesse de Clèves* (1678), ahora ya completamente desnuda del oropel oriental y de cualquier descripción (hay una ausencia casi total de imágenes), centrada en los meandros de un alma femenina, irreprochable réplica por anticipado a las veleidades sentimentales de Mme. Bovary y toda su descendencia.

* Universitat de Girona.

1. No es hipérbole: la descripción de una sola fiesta puede extenderse más de doscientas páginas.

cia de mujeres adúlteras e insatisfechas. Precisamente Manoel de Oliveira acaba de poner a prueba la vigencia de las reflexiones de Mme. de la Fayette en su reciente película *La carta*, adaptando a la actualidad el itinerario espiritual de una dama enamorada del siglo xvi.

Quién iba a decir a ese aguerrido linaje de los Abencerrajes que algún día los estragos de su fama póstuma iban a dar lugar, primero a una tierna novelita castellana de caballerías escrita en clave amorosa, y con el tiempo, en otro país, y tras muchos avatares, desnuda del disfraz del género pero heredera última de su lenguaje sentimental,² a la novela de amor más exquisita que jamás se haya escrito.

Porque por mucho que nuestros cronistas y novelistas tuvieran en tan alta estima las habilidades marciales y supuesta categoría moral del linaje de los Banu-al-Sarray o «hijos del sillero», no deja de llamar nuestra atención que protagonizaran tan sangrientas luchas en torno al poder de forma constante durante todo el siglo xv, pugnas que en buena medida explican la zozobra a que estuvo sometido el reino en sus postrimerías. Razones no le han faltado a más de un historiador moderno (Luis Seco de Lucena³ y Rachel Arié,⁴ entre otros) para atribuir gran parte de la responsabilidad por la definitiva pérdida del reino nazarí a esta inquietante y audaz familia.

Pero ¿cuál es la verdad sobre los Abencerrajes? ¿Por qué la historia y la literatura castellanas les tratan tan bien? El problema se complica porque apenas quedan documentos árabes acerca de la política interna del reino que arrojen a los historiadores el punto de vista del otro lado en estos dramáticos últimos años del reino. Aunque no soy arabista debo admitir que la narración del *Abencerraje* me intriga desde hace algunos años y que el análisis de los textos que conozco⁵ me ha permitido extraer algunas conclusiones que

2. Acerca de la influencia en Francia del lenguaje sentimental de la *Diana* y del *Abencerraje* inserto en ella y traducido a la par puede verse mi *Diana en Europa. Ediciones, traducciones e influencias*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1994, pp. 199-272, y esp. pp. 260-265.

3. Cf. Las publicaciones de Luis Seco de Lucena en la revista *Al-Andalus*, VIII (1943), IX (1946), XII (1947), XIII (1948); así como «La leyenda de los Abencerrajes», en *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, V, 19 (1951), pp. 35-51; «Notas para el estudio de Granada bajo la dominación musulmana: acerca de algunas familias ilustres arábigo granadinas», en *Boletín de la Universidad de Granada*, XXIII (1951), nº 91; *Los Abencerrajes. Leyenda e historia*, Granada, 1960.

4. ARIÉ, Rachel, *El reino nazarí de Granada: 1232-1492*, Madrid, Mapfre, 1992, esp. pp. 68-11.

5. Tengo noticia además de los textos que cito de un manuscrito en árabe que conserva la Academia de la Historia (núm. 168), con el título «Historia que comprende la traición y falso

desearía compartir aquí con los estudiosos de la literatura áurea, en espera de que otros vengan y perfilen o corrijan estas líneas mías.

Si tratamos de localizar en la historia el contexto en que se dio la degollación a que alude el relato literario que nos ocupa, para presentar a Abindarráez con el aura mártir de sus ancestros, deberemos aplicar la lente de aumento a mediados del siglo xv, en pleno estallido de la guerra civil en el reino de Granada.

¿Las causas? Empezaremos a tirar del hilo de los datos que ofrece Arié: una vez más la reacción de los Abencerrajes no se había hecho esperar. Cabalgando sobre las grupas de sus ágiles monturas habían huído a Montefrío para oponer desde allí un nuevo candidato y destronar lo antes posible al sobrino (Muhammad X el Cojo) de Muhammad IX el Zurdo que se había rebelado contra él. Los Abencerrajes optaron por un personaje conocido en la corte castellana, Jusuf V ibn Ahmad, que contó a su vez con el apoyo de Alvaro de Luna para alcanzar el trono, aunque sólo fuera para detentarlo unas semanas. Porque cuando los Abencerrajes se percataron de que en Granada no se aceptaba a un hombre que había sido educado en el enemigo y que venía con un tratado humillante de vasallaje a Castilla, no dudaron en retirarle su apoyo. Esto no es más que el comienzo de una larga serie de intrigas, pero nótese cuán sintomáticos son estos primeros gestos en la actitud de este bizarro linaje. Cuentan con el apoyo castellano una y otra vez; intrigan, luchan, entronizan, vuelven la espalda y destronan en menos que canta un gallo.

No se sabe con certeza qué pasó en los años siguientes, pero en 1451, Muhammad IX el Zurdo, de vuelta al trono, quiso asegurar su continuidad en el poder en la figura, largo tiempo ignorada por la historia, de Muhammad XI el Chico —frente a unos Abencerrajes, que, no lo olvidemos, ya le habían traicionado una vez.⁶ Pero de nuevo el partido prefirió un candidato cono-

testimonio que se ha levantado contra la sultana de Granada y contra la tribu de los Abencerrajes y cómo se ha encarcelado a la reina a causa de esta traición y de los cuatro caballeros Abencerrajes que la han protegido y de otras cosas que han pasado», carente de fecha.

6. Convendría rectificar explícitamente las insistentes afirmaciones de Seco de Lucena acerca del carácter legitimista de los Abencerrajes. Escribe: «A partir de este tiempo [los Abencerrajes] tuvieron una intervención activa y eficaz en la lucha dinástica que llena el siglo, mostrándose siempre como el más firme apoyo de la monarquía legítima. Agrupados en torno a Muhammad VIII el Zurdo, cuando más de una vez la rebelión triunfante derrocó al monarca, fueron los Abencerrajes quienes lucharon denodadamente en defensa de los derechos del rey depuesto, hasta que lograron que

cido por los castellanos y proclamó rey en Archidona a Abu Nasr Sa^od, quien las crónicas castellanas llamaban Ciriça o Ciriza (aunque debería acentuarse Cirizá, por ser corrupción de Sidi Sa^od). Eso no supone, sin embargo, que las relaciones entre el monarca y la corte castellana fueran como la seda: cuando en 1454, Sa^od manda a su hijo Abu Hasan ^oAlí a la corte de Juan II para solicitar su ayuda en la vida política granadina, su primogénito es retenido como rehén. Enrique IV reemprende la Reconquista dedicándose a la tala y es entonces cuando Sa^od logra pactar con quienes retienen a su hijo ^oAlí que no se ataque a sus plazas y que se respeten las cosechas del reino; en cambio, algunas batallas tienen lugar entre las tropas castellanas y los partidarios de Muhammad XI. Finalmente este último es expulsado del reino, y Sa^od rompe la baraja ante las desmesuradas exigencias castellanas.

Harold Livermore fue quien definitivamente aclaró, gracias a los hallazgos de Luis Seco de Lucena, que fue Muhammad XI el Chico quien resultó sorprendido por el príncipe ^oAlí, hijo de Sa^od, al atravesar Sierra Nevada de regreso a Granada. Después fue ejecutado en una sala de palacio que da al patio de los leones, y sus hijos fueron asfixiados con una toalla. Pero Hernando de Baeza, que es el cronista fuente de este detalle (origen de la leyenda turística sobre el patio donde se degolló a los Abencerrajes) no recordaba el nombre del monarca asesinado. El episodio, importante a nuestros propósitos porque contiene una degollación, aunque no sea de la familia que nos ocupa, reza así:

Desde a pocos días los moros de la cibdad de granada que tenían buena voluntad al otro rey que estaba fuera cartearonse con él para le recibir en la cibdad y el concierto fue que viniese por la sierra nevada por que no fuese sentido; de aquesto fue avisado el rrey çad que estaua en la cibdad, y muy secretamente se puso su hijo en la celada encima de el camino, por dó el rey

recuperase el trono que había perdido.», en «La leyenda de los Abencerrajes», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, V, 19 (1951), p. 47. En primer lugar, el Zurdo fue un usurpador que asesinó sin escrúpulos al primer rey Chico, Muhammad VIII, y mantuvo vigilado a su primogénito y heredero hasta que obtuvo la mayoría de edad y pudo casarlo con su propia hija, la célebre Fátima, para dar legitimidad a su dinastía. En segundo lugar, no parece que los Abencerrajes le apoyaran siempre. Dudo que todas las intrigas del linaje giraran exclusivamente alrededor de la restauración del trono legítimo. Los sucesivos asesinatos y bodas entre las casas reales hacen esa legitimidad borrosa, por un lado, y por otro, el partido Abencerraje mantiene una relación notablemente más ambigua con el poder.

que venia auia de pasar, y allí ouieron su vatalla, y el principe muley abul hazen prendió al rrey moro y lo trujo al alhambra y el padre le mandó degollar y ahogar con una touaja a dos hijos suyos de harto pequeña hedad, y porque al tiempo que lo degollaron, que fue en una sala que está a la mano dereccha del quarto de los leones, cayó un poco de sangre en una pila de piedra blanca, y estuvo alli mucho tiempo la señal de la sangre hasta oy, los moros y los cristianos le dizen a aquella pila la pila en que degollavan a los Reyes.⁷

Al parecer las crónicas castellanas llamaban a este monarca «el Chico», «Muley Abdeli» o «Aldeli», nombres que obstaculizaban su identificación exacta hasta que el infatigable arabista Seco de Lucena dio con su pista gracias a una dobla acuñada por el monarca que se conserva en el Instituto de Valencia de Don Juan.⁸ Curiosamente, esta moneda resulta fundamental para esclarecer el atribulado pasado de un inquietante personaje femenino, Fátima, que tanto intrigó a la literatura romántica por ser la esposa repudiada de Muley Hacén y la madre del último sultán de la Granada nazarí. La dobla de Valencia de Don Juan obliga a añadir un sultán más a la genealogía y ese eslabón perdido proyecta nueva luz sobre la vida de esta mujer, cuyo pasado era desconocido. ¿Cuál ha sido el proceso? Con respecto a los orígenes de la sultana Fátima no se mostraban acordes Hernando de Baeza y el cronista árabe anónimo autor del manuscrito que nosotros manejaremos en la versión ha-

7. *Las cosas que pasaron entre los Reyes de Granada desde el tiempo de el rrey don Juan de castilla segundo de este nombre, hasta que los catholicos Reyes ganaron el rreyno de Granada, scripto y copilado por hernando de baeza el qual halló presente a mucha parte de lo que cuenta y lo demas supo de los moros de aquel Reyno y de sus corónicas*, en *Die Letzten Zeiten von Granada*, ed. De M.J. Müller, Munich, Christian Kaiser, 1863, pp. 59-95.

8. En «Más rectificaciones a la historia de los últimos nasrís. Un sultán llamado Muhammad "El Chiquito"», *Al-Andalus* XXIV/2 (1959), pp. 285-288. El hecho de que no pudiera corregir expresamente las deducciones publicadas en artículos anteriores, que le llevaban a pensar en Muhammad X el Cojo como el degollado y a atribuirle también a él la paternidad de Fátima, puede inducir, sin embargo a confusión (en «La leyenda de los Abencerrajes», en *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, V, 19 (1951), p. 48, y también en «La sultana madre de Boabdil» XII (1947), pp. 384-390). Sólo muy tangencialmente aclarará (en «Más rectificaciones», p. 280) a propósito de el Zagal que su «padre, Abu-l-Hasan 'Ali (Muley Hacén), desposó a su madre la princesa Fátima, hija de Muhammad IX el Zurdo, después del año 1453», p. 280. Aunque sería mejor considerarla ya reina cuando desposó al hijo de Sa'd. Véase Harry LIVERMORE, «El segundo Rey Chico, Muhammad XI, y la sucesión de la casa Abu Nasr Sa'd, 1452-56», *Al-Andalus*, XXVIII/2 (1963), pp. 331-348; y también, J.E. LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, «Revisión de una década de la historia granadina», *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, XXIX-XXX/1 (1980-1981), pp. 61-90.

llada en Tetuán.⁹ El texto árabe cuenta que Muley Hacén estaba casado con una prima suya, hija de Muhammad VIII el Zurdo; Hernando de Baeza «piensa que» se desposó con una hija del «otro rey», que fue degollado por Saʿd —es decir, del que sería Muhammad XI el Chico. Acierta la crónica árabe. Y el dramatismo de la Fátima real supera con creces el de la figura que creó la imaginación novelesca. Porque Fátima sufrió en su carne todas las tragedias familiares de ambos linajes en liza, durante varias generaciones: hija del Muhammad el Zurdo, fue esposada por su padre con el primogénito del monarca que éste había ejecutado, quien hacia 1451 sería a su vez rey con el nombre de Muhammad XI el Chiquito, como eficaz maniobra para asegurar una legitimidad en sus herederos que el Zurdo no poseía. Pero Saʿd quiso a su vez aprovechar la baza de Fátima ejecutando a Muhammad XI y a sus hijos pequeños con una toalla (tal y como narra Baeza). La reorganización genealógica que permite el hallazgo de una simple moneda descubre en última instancia que Fátima no era la hija del rey ejecutado, como sospechaba Baeza, sino su esposa y por tanto también la madre de las criaturas asfixiadas en un solo golpe sordo que hubo de romperle el corazón para siempre. Pero además, el asesino de su esposo e hijos (entronizado gracias al favor de los Abencerrajes, no lo olvidemos aquí) quiso entonces convertirse en su suegro para legalizar su usurpación. Saʿd casó entonces a la reina viuda, la única superviviente de las dos casas rivales, con su propio heredero, su hijo ʿAlí.

9. *Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas o Capitulación de Granada y Emigración de los andaluces a Marruecos*, ed. De Alfredo Bustani, traducción de Carlos Quirós, Artes Gráficas Boscá, Larache, Marruecos, 1940. Las dos únicas referencias fidedignas que se conocen sobre la sultana, esposa desechada de Muley Hacén, son las dos crónicas de Baeza y de Tetuán que estamos barajando, y ambos textos coinciden, como se puede comprobar, en los amores del Muley Hacén y Zoraya, la esclava cristiana, antes llamada Isabel de Solís; coinciden en los celos de la esposa repudiada y en las intrigas para destronar al esposo infiel, bien fuera para asegurar el derecho de su primogénito frente a la más que probable pretensión de sus hermanastros, como para satisfacer su deseo de venganza. Como ha señalado Luis Seco de Lucena, coinciden, pues, ambos historiadores en la esencia del tema literario. Pero, advierte el mismo arabista (en «La sultana, madre de Boabdil», *Al-Andalus*, XII (1947), pp. 384-390) que ninguno de los dos menciona el nombre de dicha reina repudiada. Fue MármoI quien, casi un siglo después, le atribuyó por primera vez el nombre falso de Aisa, por el que se le ha venido conociendo desde entonces, hasta que Garrido Atienza (en su libro sobre las capitulaciones de la entrega de Granada, de 1910) encontró el legítimo de Fátima en un privilegio que los Reyes Católicos concedieron a la madre de Boabdil. Acerca de la figura literaria de la sultana, consúltese la nota 19.

De manera que la verdadera tragedia de esta singular dama, situada en el centro de todas las luchas intestinas por el poder durante la segunda mitad del siglo, ha permanecido en la oscuridad, tras las huellas de un monarca, borradas por el olvido. La literatura sólo sabía de su vida a partir de su boda con el hijo de Sa'ed y recreó —al arrimo de la crónica de Hernando de Baeza, como veremos— el hecho de ser repudiada por Muley Hacén, así como la vivencia de la pérdida de Granada en manos del hijo habido de su segundo esposo, el débil e indigno Boabdil. La dureza de aquellas celebérrimas palabras que la tradición literaria (a través de Ginés Pérez de Hita, Florian, Chateaubriand, etc.) puso en labios de la anciana, mientras madre e hijo echaban la última mirada sobre su amada ciudad, «Llora como una mujer lo que no has sabido defender como un hombre», parece llenarse —paradojas de la ficción— de amargo sentido real en la truculenta escena descrita por Hernando de Baeza.

Volvamos a esos años: Enrique IV reanudó la guerra hasta la tregua de 1461. El año siguiente es una fecha clave: ocupaba el sultán Sa'ed el trono de Granada, cuando en pleno agosto llegaron noticias tristes a la corte nazarí. Las tropas castellanas, capitaneadas por el duque de Medina Sidonia y el conde Arcos, habían tomado Gibraltar. Sobre este fatal momento para las posiciones granadinas se conserva un documento precioso compuesto en el mismo siglo xv por Abd al Basit, viajero egipcio, con el título de *Rawdu-l-Basim fi hawaditi-l-umr wa-l-tarayimy*, algunos de cuyos fragmentos referentes a Granada fueron publicados en traducción italiana por Levi della Vida.¹⁰ Llegan ecos a Tlemcen de que entre el sultán Sa'ed y su hijo Abu-l-Hasan 'Alí...

... era scoppiata la discordia, e che Abu-l-Hasan si era ribellato a suo padre e lo aveva scacciato da Granata, impadronendosi di questa, e che al-Musta' in bi-llah si era recato a Málaga. *Causa di ciò erano stati i ministri, della famiglia dei Banu-al-Sarray e altri, i quali avevano persuaso ciò ad Abu-l-Hasan. Dopodì ciò accadde quello che racconteremo...*

In questo mese (safar 469 = ottobre 1464 [sic. 1462]) i Franchi Portoghesi [el viajero yerra en la fecha y la identidad del enemigo] presero quella celebre città, une delle più splendide fortezze dell' Islam nell' Andalus, detta Yebel al-fath (Gibilterra). Ciò avvenne durante la guerra civile che si stava svolgendo

10. Levi DELLA VIDA, «Il regno di Granata nel 1465-66 nei ricordi di un viaggiatore egiziano», *Al-Andalus*, I (1933), pp. 307-334.

tra padre e figlio [téngase en cuenta el error de dos años en la fecha], ossia tra Abu-l-Nasr Sa d Ibn al-Ahmar e suo figliò Abu-l-Hasan, dei quali si è detto sopra. A Dio apparteniamo e a lui torneremo! *Questa fu una delle maggiori sventure toccate all'Islam, poichè da quella fortezza. era cominciata, nel tempo antico, la conquista dell'Andalus sopra gl'infedeli, ed essa era uno dei maggiori baluardi dell'Islam nell'Andalus (...)* Quando questa notizia giunse a Tlemcen e ad altri paesi islamici in questa contrada, fu grande il dolore e l'afflizione per le condizioni di debolezza in cui l'Islam era ridotto nell'Andalus, sì da trascurare di custodire le fortezze islamiche a cagione delle guerre civili in cui si trovavano coinvolti per ricercare la gloria e il potere, i quali sboccano nell'avvilimento e nella rovina! (328-9)

De manera que este incidente militar, extraordinariamente doloroso para el bando musulmán, como atestigua Abd al Basit, fue en última instancia desencadenado a causa de las intrigas de los Abencerrajes. Por lo menos esa es la opinión musulmana.

Veamos cuál es la perspectiva castellana que sobre los mismos hechos ofrece Pedro de Escavias. Al llegar a Granada la noticia de que el Condestable había estado dedicándose a la tala a escasos metros de Guadix, la ciudad se revolvió y las culpas recayeron sobre la descuidada gestión del monarca. Escuchemos al cronista del Condestable de Iranzo:

Decían que no tenían ellos rey sino para los despechar y robar, mas no para los defender y amparar de los cristianos, que les corrían e robaban e quemaban la tierra, e les matavan e llevaban sus parientes cativos. Y demás desto que habían pechado las parias que habían de dar al rey de Castilla e se las había tomado e comido e no las había pagado; por causa de lo cual, los cristianos les facían por todas partes la guerra y la tierra de los moros por cada día se despoblaba y perdía.

Y como el rey de Granada, visto el movimiento grande contra él levantado, de aquestas palabras terresció e hubo grande miedo, respondióles así:

—Amigos, yo no soy rey de Granada, salvo el alcaide Mofarrax, que es alguacil mayor, e los abencerrajes. Estos reyes de Granada y estos han tomado y comido las doblas que pechastes para las parias, que a mí no me dieron lugar que las pudiese pagar al rey de Castilla, ni me dejaron llegar a ellas, ni me quieren ayudar a defender la tierra.

Entonces los moros le dixieron:

—Pues tú, ¿para qué eres rey? Si esos caballeros toman las parias e las gastan

e quieren mandar más que tú, e son causas de tan grandes males e daños como los moros reciben, ¿por qué no los degüellas?

A lo que el rey respondió:

—Si me dáis favor para ello, así lo faré.

Y como dellos fuese certificado que le darían toda ayuda y favor por obviar el gran peligro en que estaban e por contentar e sosegar el común de aquella tan populosa ciudad, cuando oportunidad hubo para ello, so color de tener consejo, envió por alcaide Mofarrax, su alguacil mayor, e por Sidi Yuçuf Abencerraje, dos caballeros los más poderosos del reino.

E como encontraron en el Alhambra do el rey estaba ya proveído de gente secreta, luego los mandó degollar. E aún así ficiera a otros, salvo por aquel infante su hijo rogara por ellos.¹¹

Así, al parecer, un día de 1462 el sultán Sa^d mandó llamar al gran visir y a un ministro Abencerrajes —cuyo gran peso político le resultaba incómodo, o porque sospechaba que alentaban en su hijo las ansias de arrebatarle el trono, como explica Abd al Basit, o en un intento de tapar sus propios fracasos, como quiere Escavias— y ordenó a sus esbirros que los ejecutaran apenas hubieran atravesado el umbral de palacio. En el texto de Escavias asoma Muley Hacén: ese infante hijo del sultán Sa^d que quiso interceder en favor de los Abencerrajes ante su padre cegado por la sed de venganza. A la luz de estas palabras, parece que la alianza entre los Abencerrajes y el príncipe ‘Alí es posterior a estos sucesos. Entendidos los hechos así, no es de extrañar que cuando Muley Hacén se sublevó contra su padre, poco después de los acontecimientos narrados por Escavias, el linaje que había sufrido la sangrienta tiranía de Sa^d volcara todo su apoyo en el príncipe. No debieron olvidar

11. Juan de MATA CARRIAZO, ed., *Colección de Crónicas Españolas*, vol. III, *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, Madrid, 1940, pp. 83-84. Debo señalar aquí que, coincidiendo con el viajero egipcio, Escavias atribuye a estas disensiones entre los Abencerrajes y el sultán, la causa de la pérdida de Gibraltar. Habiendo huido los Abencerrajes a Málaga y «como desde allí se quisiesen más apoderar y esforçar contra el rey de Granada, enbiaron por todos sus valedores y amigos que en el reyno tenían, que se viniessen juntar con ellos. Entre los quales vinieron, por grant debdo y amistad que con ellos tenían, todos los caualleros y peones de Gibraltar. Y como las cosas que ya eran o son ordenadas por la diuinal Prouidenciã es neçesario y de fuerça que vengan al fin determinado, acaeciò que a aquella sazón los cristianos de aquella frontera, entrando a correr a tierra de moros, tomaron lengua y fueron çertificados y supieron cómo Gibraltar quedaua sola y sin gente. Caualgaron y fueron allá, y luego combatieron la villa y entraron. (...) Y desta manera se ganó Gibraltar.», p. 84.

fácilmente un acto de crueldad así, sin que ni siquiera mediara el diálogo o se estableciera un juicio; en aquellos momentos la degollación de dos miembros conspicuos de la familia prendió con más fuerza el fuego de la sublevación en el partido, y el linaje abandonó la ciudad y planeó en el exilio un regreso triunfal con el príncipe 'Alí, que se produjo dos años después. Este episodio tiene notables concomitancias con el relato morisco, como ya analicé en otro lugar:¹² primero porque la causa de la matanza a que alude Abindarráz son las relaciones frías que se establecen entre el linaje y su majestad, favorecedoras, más tarde, de sus deseos de castigar su ansia de poder y de las fatales sospechas que albergará su ánimo.¹³ Y después, el cuento se hace también eco del adelanto de la matanza sin aguardar al juicio por temor a la reacción del pueblo granadino («Y por no escandalizar el reyno: que tanto los amaia acordo hazerlos degollar luego porque a no hazerse assi: y dilatarse la justicia: no fuera el reyno poderoso de hazerla executar / porque se alborotara en su fauor no solo la cibdad: pero todo el reyno»), el cual recibe la noticia, por contra, muy dramáticamente, solidarizándose con la causa de la familia musulmana. Desconocemos si la reacción granadina fue tal; sospecho que es pura creación literaria, en abierto paralelismo con la aflicción por el dolor de las pérdidas musulmanas que se da con constancia en el romancero. No por casualidad los llantos del pueblo nazarí que vibran en la agonía de las cláusulas anafóricas del *Abencerraje* («Desque la gente se vio sin esperança de sus vidas: començo de nuevo a entristecerse y llorarlos. Lloravanlos los padres que los engendraron: y las madres que los parieron. Lloravan los enfin las damas a quin servian.»), zarandean con similar desconuelo un romance de asunto distinto:

Lloraba toda Granada
con grande llanto y gemido;

12. *El Abencerraje pastoril. Estudio y edición crítica*, Universidad Autónoma de Barcelona, Departamento de Filología Hispánica, Barcelona, 1990, pp. 1-15, esp. 7-10.

13. «El rey hizo a dos destos abencerrajes un notable agravio movido de falsa información que dellos tuuo. Y quisose dezir aun que yo no lo creo que por vengarse el destos dos: y asu instancia otros diez que fueron por todos doze se conjuraron de matar al rey y repartir el reybo entreellos vengando su injuria. Esta conjuracion siendo falsa / o verdadera entendida por el rey y queriendo poner en execucion el castigo della / mando que fuessen presos los abencerrages», cito por la edición de la versión más antigua del *Abencerraje* a cargo de A. RUMEU, «L'*Abencerraje*: un texte retrouvé», *Bulletin Hispanique*, LIX (1957), pp. 382.

lloraban mozos y viejos
 con algazara y ruido:
lloraban todas las moras
 un llanto muy dolorido;
 mesan sus cabellos negros,
 desgarrando sus vestidos,
 arañan sus blancas caras
 y sus rostros tan lucidos:
unas lloran hijos, padres,
 otras hermano o marido;
lloran tanto caballero
 como allá se hubo perdido;
lloraban por su buen rey
 tan amado y tan querido.¹⁴

Ecos de una segunda matanza de Abencerrajes llegan a la novelita del *Abencerraje* y la recoge un romance entonado por un alfaquí que llora la caída de la plaza de Alhama (uno de los últimos empujones de la Reconquista, en febrero de 1482) culpando a Muley Hacén, el anterior príncipe «Alí, de esa dolorosa pérdida, a causa de sus errores políticos y del trato aparentemente injusto infligido a los Abencerrajes. Nótese, por otra parte, cómo «Alí acabó pagando con la misma moneda de gratitud que su padre a los Abencerrajes que habían contribuido a encumbrarle. El sangriento episodio dio lugar a este dolorosísimo romance sobre la pérdida de Alhama, celebrísimo en los siglos XVI y XVII; pues se incluyó en numerosas colecciones.¹⁵

14. *Recopilación de Romances viejos, sacados de las coronicas Españolas y Troyanas*, Alcalá, 1563, «Junto al vado de Xenill/ por un camino seguido. Romance de la huyda del rey moro», f. 78v. Está también en la *Rosa española* de Timoneda, f. 67 v. Agustín Durán lo recoge en su volumen *Romancero General o colección de romances castellanos* anteriores al siglo XVIII, vol. II, B.A.E., Madrid, 1945, pp. 92-93, n° 1069; yerra, sin embargo, cuando anota que el mismo romance se recoge en el *Cancionero de romances*.

15. El romance de la pérdida de Alhama, tomada por los cristianos el 28 de febrero de 1482, narra un episodio de los inicios de la guerra de Granada (último empujón de la Reconquista) y fue muy conocido en los siglos XVI y XVII, pues se incluyó en colecciones de romances como el *Cancionero* s.a., en el de 1550, la *Primera Silva* de Zaragoza y la *Silva* de Barcelona de 1550; la *Segunda parte del Cancionero General* (1552), la *Rosa española* de Timoneda o el *Cancionero de Sepúlveda*; además se glosó en varios pliegos, lo recogió Ginés Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada* (muy retocado y con la pintoresca afirmación de que se trata de un cantar árabe que posteriormente fue traducido al castellano¹⁶) y también está en los libros de música de Luis de Narváez (1536), Diego Pisador

¿Para qué nos llamaste, rey, a qué fue nuestra llamada?
 «Para que sepáis, amigos, la gran pérdida de Alhama»,
 «Bien se te empleaba, señor, señor, bien se te empleaba»,
 por matar los Becerrajes que eran la flor de Granada.

En efecto, aquí se alude a la matanza de Abencerrajes de hacia 1482 (fecha de la pérdida de la plaza musulmana a que alude el cantar), cuando numerosos miembros del partido fueron asesinados en las persecuciones del monarca Muley Hacén, cuando se volvieron contra él por abandonar a su primera esposa, Fátima, y unirse con la esclava cristiana Soraya. ¿A cuál de ambas matanzas alude el cuento? Parece, mejor, como si las dos quedaran superpuestas y se complementaran la una a la otra en el cuento de Abindarráez (tomando las causas de una y los efectos, más amplios, de la siguiente), donde, además, los motivos de la ejecución quedan olvidados o incomprendidos, fuera del alcance del narrador y del lector («... un notable agravio movido de falsa informacion... Esta conjuración siendo falsa / o verdadera»), se recrudece el carácter drástico del agravio y la matanza,¹⁶ y se adopta el punto de vista de los Abencerrajes («Quiso la fortuna embidiosa de su bien / que de aquella excelencia cayesen de la manera que agora oyras»), compadeciendo su desdicha a través de la súplica y aflicción popular,¹⁷ muy al estilo, como hemos visto, de la identificación con el sufrimiento del enemigo que cantan los versos romanceriles de tema fronterizo.

(1552), Miguel de Fuenllana (1554) y Luis Venegas (1557). La variedad que recogen los libros de música y Pérez de Hita es que uno de cada cuatro octoslabos introduce el estribillo «Ay de mi Alhama!; éste llegó a hacerse tan popular, como anota Paloma Díaz-Mas en su edición de *Crítica*, que la frase «minha Alfama!» está documentada como proverbial en el portugués del siglo XVI.

16. «Y siendo tantos y tales sus personas padescieron publico pregon: Sus casas fueron deribadas por el suelo: sus haciendas y bienes confiscados / sus nombres que es lo peor dados / y publicados en el reyno por traydores. Resulto deste caso que ningun abencerrage pudiese biuir dentro en Granada: saluo mi padre y tío...», p. 383.

17. «Pues lleuandolos a justiciar era muy grande lastima ver los llantos que por ellos se hazian: y las lagrimas que se vertian por toda la ciudad. Bien asi como si por todas partes se abrasara: o de enemigos se entrara. Ofrecieronse al Rey grandes tesoros por sus rescates. Comunmente todos con mucha humildad por sus vidas suplicauan: mas el aun escuchar: no lo quiso. Desque la gente se vio sin esperanza de sus vidas: començo de nuevo a entrsitecer se y llorarlos. Llorauanlos los padres (...) Y toda la gente comun leuantauan un grande y contino alarido De manera: que si a precio de lagrimas uvieran de comprar sus vidas: nunca murieran los Abencerrages tan miserable muerte como murieran.» p. 383.

Ahora bien, si volvemos a enfocar las causas de esta segunda matanza gracias a la preciosa crónica árabe que se ocupa de las postrimerías del islam español (el llamado «manuscrito de Tetuán»), observaremos, de nuevo, hacia dónde se desvían las culpas desde el punto de vista musulmán:

Dicho emir Abul Hasan [Pedro de Escavias le llama Abu-l-Hasan ⁶Alí], estaba casado con una prima, hija del emir Mohammed el Zurdo, y de la cual tuvo dos hijos, Mohammed (Boabdil) y Yusuf. Llegó a tanto el desenfreno del emir, que dio preferencia sobre su esposa a una cristiana llamada Zoraya. Seguía el emir en su mala vida y seguía menoscabándose el ejército y debilitándose el reino, cuando he aquí que, terminada la tregua con los cristianos (irrupieron estos en tierras andaluzas) sin que nadie se diese cuenta de su presencia hasta después que ya habían ocupado la ciudad de Alhama.» El manuscrito sigue describiendo la falta de energía en el mando de la recuperación militar de Alhama por parte del emir (Abul Hasan ⁶Alí) y su ministro: «La verdad es que allí no había más que faltas y negligencia. El engaño (por parte del emir y su ministro) iba dejándose entrever poco a poco hasta mostrarse patente, como la luz del sol, ante los ojos del vulgo y de las personas notables. Todo el mundo empezó a pensar mal y abundaron las palabras gruesas. hasta el maligno espíritu de sedición hizo entonces su aparición entre la gente. [Mediante la falsificación de unas cartas y alguna victoria militar, en la Loja, el emir y el ministro logran apaciguar un poco los ánimos. Pero...] El mismo día de la victoria llegó a oídos de los que estaban en Loja la noticia de que los dos hijos del emir Abul Hasan, Mohamed (Boabdil) y Yusuf, habían huído de la alcazaba (de la Alhambra) por temor a su padre. *Sucedió que ciertos demonios con figura de hombres tentaron a la madre de ambos haciéndola sentir temor por sus hijos del carácter impetuoso de su padre.*, abandonando a su prima y a los hijos habidos en ella. Como surgiesen en ésta los celos que en tales ocasiones suelen concebir las mujeres respecto a sus esposos, menudearon entre ambos las disensiones, en las cuales los hijos Mohammed y Yusuf tomaron el partido de la madre. Agravábase la enemistad entre el emir y sus familiares; pero como él era de natural colérico e impetuoso, y la madre temiese para sus hijos la ira de su esposo, quedaron las cosas quietas por un cierto tiempo, durante el cual el emir continuó sumiéndose en placeres y entregándose a sus pasiones. El ministro, por su parte, seguía ordenando nuevos tributos y agravando los existentes; todo para allegar riquezas y entregárselas al Sultán, quien las distribuía entre los que no eran dignos, privando de ellas a los que las merecían. En este aspecto, fueron desatendidos multitud de valientes y esforzados caballeros, a los

cuales suprimió todo estipendio y merced; hasta el punto de verse obligados a vender sus vestidos, caballos y armas, para poder comer con el producto de la venta. Además ordenó la muerte de muchas personas prudentes y de buen consejo, así como de varios jefes y esforzados caballeros, en varias ciudades y castillos de Andalucía [a este hecho también alude el romance sobre la pérdida de Alhama].

Pero, ¿quiénes pueden ser estos «demonios con figura de hombre» que se solidarizaron con la primera esposa, llenando su pecho de ansiedad acerca del futuro de su descendencia, quizá alentando las ansias de sedición en su primogénito para asegurar su entronización? La fama de intrigante que la literatura ha concedido a la sultana despechada por Muley Hacén, angustiada por el futuro de sus hijos, adquiere renovada verosimilitud psicológica a la luz de la degollación de sus retoños muchos años antes. La convierte en pasto fácil de quienes acostumbran a confabularse para derrocar al monarca vigente. Veremos en la crónica de Baeza que eso fue precisamente lo que hicieron los Abencerrajes. Pero por otra parte queda la duda de que entre esas «personas prudentes y de buen consejo, así como de varios jefes y esforzados caballeros» que fueron salvajemente ajusticiados por el rey se encontraran los Abencerrajes.

Hernando de Baeza, que conoce de primera mano los problemas matrimoniales del emir pues servía en su corte como trujimán,¹⁸ da cuenta de la posición en estos hechos de la familia, mezclando pormenores de la novelesca historia de las esposas del sultán con recuerdos muy propios que dan garantía de validez a su relato:

Alçado este principe que decimos casóse con una mujer *que pienso que fue hija* de aquel rey que su padre antes auia degollado [obsérvense las dudas con respecto al rey asesinado por Sa'd; su recuerdo resulta borroso]¹⁹ con la

18. Era su contemporáneo, a diferencia de los que sucedía con «el otro rey» de tiempos de Sa'd, cuya muerte en el patio de los leones pudo conocer de oídas y confundirse en un pasado borroso, *vid. supra.* n. 8.

19. Como anotábamos más arriba, la sultana madre de Boabdil, esposa repudiada por Muley Hacén, asoma dibujada con perfil inquietante en la historia del Islam granadino siempre con el falso nombre de Aixa (que al parecer, era el de su hermana y el que impuso a su hija). Baste echar una ojeada a la tragedia *Morayma* o la novela *Doña Isabel de Solís*, ambas de Martínez de la Rosa; a *Aixa, sultana de Granada* de Castro y Orozco, o al libro *Las sultanas* del largo poema *Granada* de Zorrilla. Para consultar acerca de la fortuna literaria de este personaje en la literatura romántica resulta muy

qual estuuo casado pacíficamente por espacio de veynte años o poco menos, y uuo en ella tres hijos varones y una hija que todos fueron muy notables y valerosas personas. estando así casado y siendo el mas amado y temido rey de quantos uuo en aquel tienpo ... [relata como fue hecha cautiva una niña cristiana; el rey la dio a su hija] y tenia cargo de varrer la cámara. y en verdad yo la conosçí muchos años adelante despues, y a lo que me pareció no auia sido muger de buen gesto. estando pues ella en casa del el rey, como todos los rreyes moros por la mayor parte fuesen dados a luxuria, especialmente este que tenia por prosupuesto de llevar todas las donzellas de su casa por un rasero, enboluío se con esta por yntercession de un pajecico suyo.... [a pesar de la furia de la otra reina, llamada Romia, y después de abandonar a su primera esposa, el rey]... hizo vida con ella y fue tenida por reyna y nunca jamas habló ni vido a la rreyna su muger ... en la qual [la segunda] uuo dos hijos que despues fueron cristianos, y se llamó el mayor de ellos don fernando por el rrey catolico que fue su padrino de baptismo y el menor don juan por el excelentissimo principe don Juan que ansimismo lo sacó de pila. Estando pues este rrey metido en sus vicios, visto el desconcierto de su persona, leuantáronse ciertos caualleros en el rreyno, así criados de la rreyna como de el rey su padre de ella, y alçaronla obidiencia del rrey, y hiciéronle cruda guerra. entre los quales fueron ciertos de los que dezian aben çerrajes que quiere dezir los hijos de el sillero.» (pp. 63-65).

útil la monografía de Soledad Carrasco, *El moro de Granada en la literatura*, reed. por la Universidad de Granada en 1989. En la tragedia de Martínez de la Rosa *Morayma*, explica Carrasco, «Aixa tiene (...) una energía también muy conforme con su carácter histórico. Es la personalidad más poderosa de cuantas actúan...», p. 175. En el drama, la protagonista es la hermana de Boabdil, viuda de un Abencerraje que murió a causa de una calumnia de adulterio levantada por algunos Zegríes contra él y la reina de Granada. Malos consejos y especialmente su madre, aquí llamada de nuevo Aixa, excitan el odio de Boabdil contra su hermana, quien a su vez le increpa defendiendo a su esposo. El episodio de la *Guerras civiles* que inspiró el argumento de este drama se encuentra en el capítulo XIV de la primera parte, como especifica Carrasco. Pérez de Hita refiere la matanza de Abencerrajes, ocasionada por la denuncia de adulterio levantado falsamente contra la reina y Abenhamet (Abencerraje esposo de Morayma), castigo acrecentado con un edicto de destierro para los supervivientes por parte del rey Chico. Cuando la hermana llora ante su hermano para que no obligue a sus sobrinos a abandonar la ciudad, el déspota mata con sus propias manos a las criaturas (otro reflejo literario del lejano episodio en la sala contigua al patio de los leones narrado por Baeza, transformado en el caleidoscopio literario), y después acaba con la vida de la madre. En la tragedia queda suprimido el hecho brutal de que el rey en persona asesine a sus propios sobrinos y hermana; se reducen a uno los niños, y se atribuye a la malévola influencia de Aixa el odio de Boabdil hacia su hermana, que es hija de la segunda mujer de Muley Hacén. Sirvan estos apuntes de botón de muestra de la deformación sistemática a que son sometidos los hechos históricos a través de los varios velos literarios.

Si en este punto cruzamos los datos que nos ofrece el manuscrito de Tetuán y los datos que arroja Hernando de Baeza (ahora sí fiables porque él mismo los vivió), se confirma que esos demonios con figura de hombre a que alude el punto de vista árabe podrían ser precisamente los Abencerrajes –juicio negativo acerca del linaje que el viajero egipcio parece compartir. Así continúa el manuscrito árabe, eludiendo mencionar a quienes intrigaron en contra de Muley Hacén, culpables de una guerra civil tan dolorosa por sus gravísimas consecuencias, que el cronista pugna por callar, y finalmente sólo se les escapan unas palabras muy a su pesar:

Con esto y con el rencor ya existente entre ella y la esclava del padre de los infantes, la cristiana Zoraya, lograron sugestionarla. Y no cesaron en su empresa de sugestión hasta que cedió a las instancias de los intrigantes en lo que estos pretendían respecto a sus dos hijos. El plan que concibió con relación a éstos lo ejecutó durante la noche entregándolos a los comprometidos, quienes los condujeron a Guadix. El pueblo de esta ciudad aceptó la soberanía de los infantes, la cual reconoció después Granada.

Con esto se encendió la guerra civil en el país de Andalucía, *dando lugar a luchas y combates que, por su aspecto bochornoso, me abstengo de referir aquí, ya que llegaron las cosas a un estado en que el padre combatía contra sus hijos...*» (13)

Así, la ausencia de menciones a los Abencerrajes puede entenderse como resultado del dolor y la vergüenza del cronista árabe, que prefiere silenciar episodios de guerra entre padre e hijos en los que los Abencerrajes desempeñan un papel crucial como instigadores: de ahí quizás también la omisión de degollaciones injustas en la crónica árabe. Para Hernando de Baeza, en cambio, no supone ningún conflicto alabar a estos caballeros, como tampoco narrar su matanza cruel por parte del sultán Sa^od. No deja de llamar la atención que Baeza se haga lenguas de los Abencerrajes y que por el contrario el manuscrito de Tetuán sólo les mencione expresamente hacia el final (y en la edición de la copia del mismo texto que maneja Müller esta mención desaparece²⁰), en el momento en que los musulmanes ya han perdido Granada y el rey de los cristianos ya ha «faltado a las condiciones en principio pactadas», y finalmente se les ordena que abandonen la ciudad, para pasar a

20. M.J. MÜLLER, *Die letzten Zeiten von Granada*, Munich, Christian Kaiser, 1863.

habitar los arrabales y alquerías, y «que no quedasen en Granada más que los Abencerrajes». Ello corrobora una constante de nuestro análisis de estos sucesos históricos: que había una gran amistad entre cristianos y Abencerrajes, cuya colaboración había sido estrecha más de una vez como ya hemos visto (y en otras muchas ocasiones ajenas a nuestra intención) y que con su apoyo al príncipe °Alí favorecieron la guerra civil de 1462, hecho que según el interesante relato del viajero egipcio que tradujo Levi della Vida propició el desastre de Gibraltar, enclave de gran valor estratégico para Granada pues la conectaba con la ayuda militar africana. El reino nazarí quedó desde entonces aislado y abandonado a su suerte en una Península cada vez más amenazante.

En otras palabras, para los cristianos, los Abencerrajes eran caballeros admirables, brillantes, que conocían sus costumbres y con quienes podían colaborar e identificarse, y de ahí a considerarlos héroes sólo había un paso; para los musulmanes, en cambio, no me extrañaría nada que fueran auténticos demonios con figura de hombre, verdaderos traidores. Y me pregunto si no fue por ese motivo, por el que en el último momento recibieron trato de favor.

Pero agotemos otra duda, en sentido exactamente inverso a la hipótesis que acabamos de proponer: ¿pudieron ser los Abencerrajes esos hombres de bien, aludidos a su vez por el manuscrito de Tetuán («Además ordenó la muerte de muchas personas prudentes y de buen consejo, así como de varios jefes y esforzados caballeros, en varias ciudades y castillos de Andalucía»), ajusticiados por el monarca? A esta cuestión puede responder muy bien la crónica de Hernando de Baeza, quien se siente autorizado a alabar a estos caballeros, o ahondar en la saña injustificada del sultán, sin que de ello derive ningún conflicto patriótico.

... leuantaronse ciertos caualleros en el rreyno, así criados de la reyna como de el rey su padre de ella, y açaronla obidiencia del rey, y hizieronle cruda guerra. entre los quales fueron ciertos de los que dezian aben çerrajes que quiere dezir los hijos de el sillero. los quales eran naturales de allende y auian pasado en esta tierra con deseo de morir peleando con los cristianos, y en la verdad ellos eran los mejores caualleros de la gineta y de la lança que se cree que ovo jamas en el rreyno de Granada, y aunque fueron casi los mayores señores del Reyno, no por eso mudaron el apellido de sus padres que eran silleros: porque entre los moros no suelen despreciarse los buenos y nobles, por venir de padres officiales. *el rey pues siguió la guerra contra ellos*

y prendió y degolló muchos de los caualleros, entre los quales un día degolló siete de los abençarrajes, y degollados los mandó poner en el suelo, uno junto con otro, y mandó dar lugar que todos los que quisiesen los entrasen a ver. con esto puso tanto espanto en la tierra que los que quedauan de los avençarrages, muchos dellos se pasaron en Castilla, y unos fueron a la casa del duque de medina sidonia y otros a la casa de aguilar, y ay estuvieron haziéndoles mucha honra a ellos y a los suyos, hasta que el rey chiquito, en cuyo tiempo se ganó granada, reinó en ella, que se volvieron a sus casas y haziendas: los otros que quedaron en el Reino poco a poco prendió el Rey y dizen que de solos los avençarrajes degolló catorze, y de otros cavalleros y hombres esfozados y nombrados por sus personas fueron, segun dizen, ciento y veinteiocho,...

Fijémonos cómo, una vez más, para sobrevivir a las dificultades suscitadas en el seno del reino de Granada, los Abencerrajes acuden en busca de apoyo a la nobleza castellana, que, como siempre, los recibe con los brazos abiertos. Pero incluso Baeza distingue entre los catorce Abencerrajes degollados y los «otros cavalleros y hombres esfozados» que alcanzan en número hasta ciento ventiocho. Detengámonos en un detalle que añade Baeza a continuación y que resulta especialmente revelador:

... entre los quales mató uno del Albaicin, hombre muy esfozado y aunque no hera de linaje, por su persona hera muy valido y temido, y pareseme a mi que es bien que la manera y causa de su muerte se escriua aquí. este auia sido desde niño criado del Rey, y después que se casó, vivió con el Rey siempre... (65-66)

El trujimán de Granada alude a aquel caballero, «persona muy estimada», a quien Muley Hacén mandó degollar, en exacta coincidencia con el citado romance de la pérdida de Alhama: «Bien se te emplea, señor; señor, bien se te empleaba / por matar los Bencerrajes que eran la flor de Granada; / acogiste a los judíos de Córdoba la nombrada; / degollaste un caballero persona muy estimada» (vv. 12-15). Pero su fuente no es literaria, en todo caso la influencia pudo ser en sentido contrario, Baeza pudo inspirar el romance; no nos llevemos a engaño: en este fragmento la crónica del intérprete de Boabdil es fidedigna porque parte de recuerdos personales.²¹

21. Ténganse en cuenta los vívidos detalles de este curioso relato de su crónica: «...y pareseme á mi que es bien que la manera y causa de su muerte se escriua aquí. Este auia sido desde niño criado

Por los comentarios negativos dedicados a los intrigantes que cierran filas entorno a la primera esposa del sultán no parece que los «esforzados caballeros» de la crónica árabe sean los Abencerrajes, a quienes, como ya advertimos, no se nombra; las razones que puedan asistir a los «esforzados caballeros» del texto de Tetuán para alzarse contra el rey por sus desmanes o simplemente cuando la guerra civil ya se había generalizado, no son exactamente las mismas, según la perspectiva musulmana, de quienes se aprovecharon del temor de la reina repudiada para conspirar en sus hijos contra Muley Hacén, confabulación que terminó provocando una guerra de más vastas consecuencias. Por otra parte, en el texto castellano sí se menciona la persecución de Abencerrajes, a quienes se cuenta entre las víctimas de la ira del sultán junto a otro grupo amplio de ciento veintiocho caballeros asesinados

dél rey, padre de la rreyna, y después que el padre murió, quedóse con la hija donzella, hasta que ella se casó con el Rey, y después que se casó, vivió con el rrey siempre, y todavía se halló con él en las guerras que hizo, de manera, que el rrey vido bien en los hechos que hizo el esfuerço y vondad de su persona, y á esta causa le dio tanta parte de sí y le fauoresció tanto que casi mandaua todo el aluaizin. estubo con este fauor en seruicio del Rey hasta tanto que se apartó de la rreina y hizo vida con la Romia. Estonces él se apartó de ver él al rrey y de seguir, antes seguia á la Reina y la seruia, y no solamente no seguia al Rey, mas aun ponía lengua en él: lo qual le fue dicho muchas veces por algunos grandes de su casa, y él daua lugar a ello por ser tan esforçado hombre y criado tan antiguo de la casa, y no envargante que por muchas personas era Reprehendido y amonestado a que callase, jamás lo quiso hazer hasta tanto que por el mismo rrey. Le fue enviado á dezir que cesase su lengua, porque él no le quería hazer mal: no bastó esto para hazerle callar, y ubo algunos grandes que en presencia del Rey murmuraron dello, y aun casi culpauan al rrey, porque no lo demediaua. Un día el rrey le mandó llamar a una puerta en su casa, y mandó que le llegasen junto a una puerta que pasaua de la huerta al aposentamiento de el rrey, y el rrey se puso detrás de la puerta por oir con sus propios oydos lo que pasaua; y el sintió bien que era trayido allí para que el rrey lo oyese, y el alguacil mayor que era casi la misma persona del rrey, porque los reyes moros siempre quando hablauan á los pueblos particular o generalmente en presencia ó ausencia de el rrey endereçauan la habla a su alguaçil mayor, y el alguacil la manifestaua al pueblo, y lo mismo se hazia en la respuesta. Y el alguacil le dixo: así el rrey nuestro señor, ensalze dios su honrra y acreciente su estado, y aunque si pudieses pornias las manos en su venturosa persona, y por algunas causas no te a mandado castigar, antes te ha enviado a dezir, que te apartes de lo que dizes, y que te tornes a su seruicio como antes estauas, y que te hará merced, y no lo as querido hazer, antes as rrespondido palabras muy odiosas, y porque su rreal persona tiene creido que las gentes muchas vezes dizen mas de lo que es, quiso que yo te hablase aquí en este lugar, donde su rreal persona fuese cierta de la Respuesta de tu boca. Yo de parte de dios y de su rreal estado te digo que te quites y te apartes desto que hablas, y quites de ti la mala voluntad que lé tienes, y se la tengas buena y que él, pues te quiso bien, no te querria hazer mal. Desque el alguacil obo dicho estas palabras y otras muchas, y él sintió que la persona del rrey

a los que tilda a su vez, como el manuscrito musulmán, de «esforzados.» La diferencia entre ambos textos es que el árabe demoniza al pequeño grupo que conspiraba con la reina desdeñada y la crónica castellana trata benévolutamente a cuantos lucharon en la guerra abierta contra el sultán.

Visto así, el *Abencerraje* se convierte en un precioso ejemplo de las complejas relaciones de la literatura con la historia, y de hasta qué extremos puede llegar la ficción a alterar y dulcificar la realidad. Porque hay otros datos históricos que también se dan cita en la obrita que sufren parejo proceso deformante: el caballero cristiano, Rodrigo de Narváez, conquistó la villa de Antequera en 1410 (el título de la versión más antigua es «Parte de la Corónica del ínclito infante don Fernando que gana a Antequera»). A modo de recompensa por sus servicios de armas, tal y como narra el cuento, Rodrigo de Narváez fue nombrado alcaide de Antequera, adquiriendo gracias a este motivo y a la valentía demostrada en otras empresas, una gran nombradía.²² Pero en el cuento también se le atribuye una segunda alcaldía, la de la villa de

estaua allí oyendo, dixo ansí: señor, tiene vuestra honrrada persona mas que dezir? El alguazil respondió: que no. Y él entonces dixole: á lo que, señor, dezis, que han dicho a su rreal persona, que yo le tengo mala voluntad, como se la puedo yo tener buena? Dexo yo hauer muerto á mi señor el rrey, que en esto no me entremeto, que fue sobre rreinar, y prendióle en batalla y tubo rrazon, y viendo que la tenia, luego que se casó con la rreina, mi señora, su hija, yo me metí en su servicio. Y en todas las entradas que hize en tierra de cristianos, yo fui en su delantamiento y hize en su servicio todo lo que buen criado deue hazer, y lo mismo en otras diferencias que ha tenido: de todo lo qual el mejor testigo que yo tengo es su venturosa persona y a lo que dizen: que si yo pudiese, pornia las manos en su alta persona, eso no plegue a dios que a mi me aya pasado tal cosa por el pensamiento; que yo sé que está en la tierra su alta persona en lugar de dios, y a lo que V.m. dize, que quite de mi boca las palabras feas que digo, y le tenga buena voluntad, esto sea cierto su rreal persona que yo no lo podré hazer, porque haviendo dexado á mi señora, la rreina, siendo ella reina e hija del rrey y tan noble persona y madre de tantos y tan nobles hijos, y quitalla de su estado y poner en él a una esclava suia, no hay paciencia que lo sufra, ni me baste, y crea su alta persona que, si yo supiese que en mi cuerpo aya alguna partezilla que la quisiese bien, y esta fuese mi ojo el derecho, con esta punta deste puñal melo sacaria.

»Oydas por el Rey estas palabras, dixo luego: maten luego a este descreido. Y allí fue luego muerto. Y pasó tan adelante la crueldad deste rrey que bastó para no dexar en su rreino hombre de hecho en cosa de guerra ni de consejo...» (67-69).

22. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA es quien ha estudiado con más pormenor a este personaje en el capítulo «Rodrigo de Narváez, personaje histórico» de su monografía *El Abencerraje y la hermosa Jarifa. Cuatro textos y su estudio*, Publicaciones de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1957, pp. 250 y ss. Sobre los anacronismos del cuento entorno a esta figura puede verse mi *Abencerraje pastoril*, pp. 10-13.

Álora, que no se tomó hasta el mes de junio de 1484, es decir setenta y cuatro años después de la conquista de Antequera. Podría parecer, además, como quiso Merimée, que si por un momento separáramos a los personajes de los sucesos históricos, dejaran de producirse las inconsecuencias cronológicas, pues Cártama y Coín resistieron a las acometidas cristianas hasta abril de 1485. Pero «l'anecdote» no puede desarrollarse «dans la periode intermédiaire de neuf mois», contando que la matanza de Abencerrajes fuera la de 1482. Entre las razones recientemente aducidas, porque si se tratara de ésta última matanza «deux ou trois années après»,²³ entonces Abindarráez contaría a los sumos dos o tres años de edad, pues su nacimiento se produce en pleno decreto de expulsión para los Abencerrajes recién nacidos, que en el cuento sucede a la expulsión.

El *Abencerraje* floreció por los años en que se publicaron las primeras grandes antologías de romances, después fecundó la nueva novela histórica—que da comienzo con Ginés Pérez de Hita—, y tuvo enorme fortuna en el romancero nuevo, al tiempo que la moda mora triunfaba en las fiestas cortesanas. Claudio Guillén ya advirtió esta contradicción entre la realidad cotidiana y la maurofilia literaria: «La fuga hacia la ficción de los pseudo-moros entre 1580 y 1610 aumenta las distancias entre lo ideal y lo real, haciendo acaso más llevadera la intolerancia en la práctica. La exaltación del caballero moro, siempre noble, no es nada incompatible con el menosprecio del morisco, casi siempre plebeyo. El mito del moro de Granada, amigo leal del cristiano, en el fondo idéntico al cristiano [...] tal vez contribuyese a subrayar la extrañeza o impaciencia que se sentía hacia los moriscos—díscolos, tercos, incorregiblemente distintos— y a facilitar la decisión de expulsarlos.»²⁴

A la luz de las constantes tergiversaciones de la leyenda sobre la historia que hemos visto hasta aquí no extraña que el *Abencerraje* constituya un antecedente de esta disyunción entre la fantasía del recuerdo y personajes, lugares y fechas, que se volverá a cumplir en la primera parte de las *Guerras civiles* de Granada, auténtica prosificación del contenido de romances ya elabora-

23. «El *Abencerraje* d'après diverses versions publiées au xviiè siècle», *Bulletin Hispanique*, XXX (1928), p. 170.

24. «Individuo y ejemplaridad en el *Abencerraje*», *Collected Studies in honour of Americo Castro's Eighteenth Year*, Oxford, 1965, p. 179, reed. en *El primer Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1988.

dos. Porque como en el proceso creador de un romance, en el *Abencerraje* la imaginación poética debió empezar «por errar libremente», a decir de Bénichou,²⁵ y tras esos «tanteos asociativos», terminó dibujándose «una trama inédita», alejada y deformante de las situaciones históricas que la propiciaron, para superar anacronismos y dar voz al ansia poética de una realidad mucho más sórdida y desafecta.

25. *Creación poética en el Romancero tradicional*, Gredos, Madrid, 1968, p. 87.